

# Ética y estética de la naturaleza

*Me gusta que sea así,  
porque sería así  
aunque no me gustara.*

Fernando Pessoa

La pretensión de poner la moral bajo el patrocinio de la naturaleza ha estado guiada por aspiraciones diversas a lo largo de la historia. En unos casos se trataba de superar el antagonismo caprichoso de las opiniones y los intereses, en otros se pretendía oponer unos límites al ejercicio del poder, en ocasiones era simplemente un intento de proteger alguna tradición o una normalidad que de otro modo quedaría argumentativamente desasistida. En cualquier caso, el sujeto era confrontado con algo distinto de sí mismo, de lo que no debía disponer arbitrariamente. De acuerdo con este esquema, una necesidad se opone a una libertad y los partidarios comienzan a repartirse trágicamente el territorio. Podría decirse que la historia de las relaciones del hombre con la naturaleza se resume en que unos la han considerado como modelo que debía imitarse y otros la han hecho objeto disponible de un sujeto racional; el arte imita a la naturaleza o la naturaleza imita al arte. Las formas ejemplares de vida son *dadas* por la naturaleza o *establecidas* por el hombre frente a la naturaleza.

Estas dos alternativas no agotan las posibles relaciones del hombre con la naturaleza y no incluyen una en la que está afortunadamente desdibujada la mencionada oposición. Me refiero a una consideración estética de la naturaleza. En ella se nos ofrece una naturaleza que no está enemistada con nuestra libertad, sino que es un ámbito de juego y gozo, de emoción imprevisible y contingencia celebrada. En el goce estético de la naturaleza ésta es percibida por un gusto cultivado pero no se nos enfrenta como un hecho desnudo de significación inequívoca. Y lo que apreciamos varía con el tiempo, se estiliza y madura, como todo lo que tiene que ver con el aprendizaje. En el valor estético de la naturaleza para el hombre puede reconocerse un valor de gran significación ética: el cultivo de un trato no instrumental con el mundo.

El poeta romántico Schiller realizó una observación que quisiera tomar como punto de partida de estas consideraciones. «Hay momentos de nuestra vida en que dedicamos una especie de amor y respeto conmovedor a la naturaleza en las plantas, los minerales, los animales, los paisajes, así como a la naturaleza humana en los niños, en las costumbres de los pueblos campestres y prehistóricos, no porque todo esto sea agrada-

ble a nuestros sentidos, ni porque satisfagan a nuestro entendimiento o a nuestro gusto (a menudo puede ocurrir lo contrario), sino meramente porque son naturales. Todo hombre delicado, que no carezca completamente de entendimiento, experimenta esto cuando vive en el campo o se encuentra monumentos de viejos tiempos, en suma: cuando en situaciones artificiales es sorprendido por la mirada de la sencilla naturaleza. Esto, que no pocas veces es un interés elevado a necesidad, es lo que subyace a nuestra afición por flores y animales, por los jardines sencillos, por los paseos, por el campo y sus habitantes, por muchos productos de la lejana antigüedad» (1943, 413). ¿Cómo explicar este interés?, se pregunta Schiller más adelante. «Se explica porque la naturaleza ha desaparecido de nuestra humanidad y sólo fuera de ella, en el mundo inanimado, volvemos a encontrarla en su verdad. No es nuestra mayor naturalidad sino, al contrario, la antinaturalidad de nuestras relaciones, situaciones y costumbres lo que nos empuja a proporcionar al creciente deseo de verdad y simplicidad una satisfacción en el mundo físico, que no hay que esperar en el moral» (709). En estas observaciones se pone de manifiesto aquel dualismo entre lo natural y lo cultural vigente en los orígenes del romanticismo, pero queda al menos planteado un problema que me permite adelantar la siguiente hipótesis: ¿y si la oposición entre lo moral y lo natural estuviera matizada por el hecho de que el mismo interés por lo natural es un interés moral, una fuente de aprendizaje de la vida buena?

La consideración estética de la naturaleza abre un espacio para el autoconocimiento del hombre. El interés por ese conocimiento es característico de un ser que se sabe sujeto a esa contingencia que celebra en la experiencia de la belleza natural. La estética de la naturaleza puede así formar parte de una ética general de la vida buena. Las cualidades estéticas de la naturaleza tienen una significación ética. Y es que no es del todo correcto entender la historia de la humanidad como una historia de la decadencia de la fuerza normativa de la naturaleza. La ejemplaridad de la naturaleza ya fue puesta en duda en la antigüedad y la era moderna la ha considerado repetidas veces como instancia ejemplar. Aunque la autoridad normativa de la naturaleza se haya oscurecido con el surgimiento de la ciencia experimental, el interés por la naturaleza no ha desaparecido, más bien al contrario.

El acceso humano a la naturaleza inaugura posibilidades de orientación en la naturaleza que sólo pueden ser suministradas porque el hombre choca con algo que no ha sido suministrado por él. La naturaleza no subyace a los criterios culturales sino que viene dada también junto con la resistencia que la cultura encuentra. El reconocimiento de la diferencia entre naturaleza y acción humana es lo contrario de aquella actitud de indiferencia que supondría considerar la naturaleza como mero material

de disposición práctica o como soporte eficaz pero olvidado de la libertad humana. La naturaleza continúa haciéndose presente en los diversos planos de acción, como posibilidad, obstáculo, sorpresa, amenaza o finitud. La presencia de la naturaleza es algo más que la de un fundamento o un pasado. También hoy la filosofía de la naturaleza puede ser tema de una filosofía práctica que considere el tipo de experiencias humanas que se obtienen en la interacción con el entorno natural.

Es cierto que todo comportamiento humano frente a la naturaleza está determinado por criterios culturales. También la opinión de que la naturaleza es modelo del arte es una opinión de una determinada cultura. Los criterios de nuestro conocimiento de la naturaleza –aun cuando son naturalistas– no son criterios naturales. Sólo nuestras medidas son medidas para nosotros. Pero de esto no se sigue la victoria de *cualquier* primacía de la cultura sobre la naturaleza. Que la naturaleza no deba ser entendida propiamente como un modelo de la acción no significa que sea una mera sombra, un constructo del espíritu humano. Puede que la relación entre naturaleza y cultura no sea la de copia y original, que sea una relación más bien agónica y de mutua iluminación. Puede que las plácidas subordinaciones no nos ayuden a entender una relación más compleja de la que resulta una naturaleza que tienen su verdad en la cultura y una cultura que se aclara consigo misma cuando contrasta o choca con el mundo natural.

Se podría formular esta complejidad advirtiendo que toda cultura tiene algo así como dificultades con la naturaleza. Su consideración estética no será pues un intento de superar estas dificultades sino de celebrarlas. A toda cultura libre pertenece el conocimiento de los límites de su disposición sobre sus propias condiciones y por tanto la imposibilidad de una relación asegurada con la naturaleza. La estética de la naturaleza puede ser una protesta contra las ilusiones tanto de su apropiación utilitaria como de la reconciliación definitiva de los opuestos.

En la experiencia de la belleza natural se encuentran algunas propiedades de una ética de la vida buena. En primer lugar, es propio de la atracción de la naturaleza estética ser una realidad que se presenta sin intención, que pone un acento inintencional en la existencia humana. En nuestra armonía con la naturaleza advertimos que esa concordancia no es el resultado de nuestra producción, que hay un elemento casual, contingente y azaroso. La primera enseñanza moral de esa experiencia estética de la naturaleza es la capacidad de percibir la propia relatividad y de tomar distancia frente a sí mismo. No hay nada más desacertado que una vida plenamente acertada, de quien es prisionero de sus propios esquemas o de una coreografía uniforme del comportamiento social.

La naturaleza aparece como una realidad autónoma que no está hecha por el hombre. Natural es, en este sentido, lo que surge y acontece sin la

colaboración del hombre. De todas maneras, la distinción entre naturaleza y cultura según lo que existe sin el hombre o por él resulta un poco tajante. También podemos reconocer como natural lo que se desarrolla sin una continua colaboración del hombre. Una gran parte de nuestro medio natural *acontece* gracias a la organización del hombre que lo cuida, dirige y aprovecha. También consideramos como naturaleza los parques, jardines y paisajes agrícolas. Pero en cierto sentido tampoco la naturaleza organizada es propiamente un montaje del hombre, pues la intervención humana no modifica la dinámica del fenómeno natural. También la naturaleza técnicamente controlada permanece como un ámbito de procesualidad autónoma; sigue siendo un espacio de lo no hecho; sus objetos no son artefactos que debieran su forma exclusivamente al trabajo humano, sino cosas que –total o parcialmente– han llegado por sí mismas a ser precisamente lo que son. Tienen el carácter de aparecer en su propia forma: en la forma de aquella realidad que no conoce configuraciones fijas, cuya presencia no es solamente cíclica, sino también la presentación diaria y momentánea de unas modificaciones imprevisibles. «Estamos acostumbrados a contar con formas y el paisaje no tiene ninguna forma; estamos acostumbrados a deducir de los movimientos actos de voluntad y el paisaje no quiere cuando se mueve», puede leerse en un ensayo de Rilke sobre el pintor Worpswede (1910; 3). Los fenómenos naturales participan de esta indeterminación. Incluso los productos naturales más útiles no aparecen nunca exclusivamente con el signo de su determinación humana. Una producción agrícola o un jardín cuidado siguen siendo vegetales que, acompañados por la acción humana, viven sin intención alguna. En la naturaleza libre es donde mejor se nos presenta como algo que no está ahí para nada antropológicamente determinado.

Frente a lo artificial, lo natural ofrece la peculiaridad de consistir en unas formas que no han sido concebidas con un sentido. Su sentido estético no es una producción sino un acontecimiento que tiene como presupuesto una constitutiva ausencia de intención. La experiencia existencial de la naturaleza estética es siempre la experiencia de un límite en la previsibilidad de la acción humana.

En la presencia de la naturaleza hay siempre una dimensión experiencial contraria a la esfera del sentido cultural. La atención cultural a la naturaleza procede de una necesidad humana de contextos de sentido que no sea ni el resultado de una disposición funcional o instrumental ni de una interpretación rígida de la existencia humana. Que este tipo de experiencias sean *hechas* no es decisivo, pues se trata de un encuentro que no puede ser sustituido por ninguna producción. La naturaleza aparece así como modificadora o limitadora de las configuraciones culturales de los hombres. El aprovechamiento moral de la estética de la natura-